

«La novela de fantasía más brutalmente adictiva
que he leído en una década.»

—TRACY WOLFF, AUTORA DE LA SERIE CRAVE



REBECCA YARROS

EMPIREO 1



REBECCA YARROS

Traducción de Graciela Romero Saldaña

PRIMERA EDICIÓN EXCLUSIVA Y LIMITADA

 Planeta

Título original: *Fourth Wing*

© Rebecca Yarros, 2023

Derechos de traducción gestionados por Sandra Bruna Agencia Literaria y Alliance Rights Agency, LLC. S. L. Todos los derechos reservados

© por la traducción, Graciela Romero Saldaña, 2023

© Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V., 2023

© De esta edición, Editorial Planeta, S. A., 2023

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

© del mapa del Colegio de Guerra Basgiath: Amy Acosta y Elizabeth Turner Stokes

Primera edición: noviembre de 2023

ISBN: 978-84-08-27999-0

Depósito legal: B. 17.025-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

1



Un dragón sin su jinete es una tragedia.
Un jinete sin su dragón es jinete muerto.

—Artículo uno, sección uno
del Código de Jinetes de Dragón

El Día del Reclutamiento siempre es el más mortífero. Quizá por eso el amanecer me parece especialmente bonito, pues sé que para mí podría ser el último.

Ajusto las correas de mi pesada mochila de lona y subo como puedo por la ancha escalera de la fortaleza de piedra a la que llamo hogar. Mi pecho se agita por el esfuerzo y cuando llego al pasillo de piedra que lleva a la oficina de la general Sorrengail, me arden los pulmones. Esto es lo que he ganado tras seis meses de entrenamiento físico intenso: la capacidad de subir, a duras penas, seis pisos con una mochila de catorce kilos.

Estoy jodida.

Los miles de veinteañeros que esperan fuera de la puerta para entrar a servir en el cuadrante de su elección son los más fuertes e inteligentes de Navarre. Cientos de ellos llevan preparándose desde que nacieron para el Cuadrante de Jinetes, para tener la oportunidad de ser parte de la élite. Yo llevo exactamente seis meses.

Los inexpresivos guardias que flanquean el ancho pasillo al final de la escalera esquivan mi mirada al verme pasar, pero eso no es nada nuevo. Además, que me ignoren es el mejor escenario posible.

El Colegio de Guerra Basgiath no es famoso por ser amable con..., bueno, con nadie, ni siquiera con los que tenemos madres al mando.

Todos los oficiales de Navarre, tanto si escogen formarse como curanderos, escribas, infantes o jinetes, son moldeados dentro de estos crueles muros durante tres años, aprendiendo a usar las armas hasta la perfección para proteger nuestras descomunales fronteras de los violentos intentos de invasión del reino de Poromiel y sus jinetes de grifo. Aquí no sobreviven los débiles, sobre todo en el Cuadrante de Jinetes. Los dragones se aseguran de eso.

—¡Estás enviándola a su muerte! —Una voz conocida resuena desde el otro lado de la gruesa puerta de madera de la general y ahogo un grito.

Solo hay una mujer en el continente lo bastante tonta como para levantarle la voz a la general, pero se suponía que estaba en la frontera con el Ala Este. «Mira.»

Desde la oficina se oye una respuesta ahogada y acerco la mano al picaporte de la puerta.

—¡No tiene ninguna oportunidad! —grita Mira mientras empuja la pesada puerta, y mi mochila, al moverse hacia delante, casi me tira. «Mierda.»

La general suelta un insulto entre dientes desde su escritorio y yo me agarro al respaldo del sofá tapizado de color carmín para recuperar el equilibrio.

—Mamá, ni siquiera puede con su mochila —suelta Mira al tiempo que viene corriendo hacia mí.

—¡Estoy bien! —La vergüenza me enciende las mejillas y me

obligo a quedarme derecha. Hace cinco minutos que ha vuelto y ya tiene que venir a salvarme. «Porque necesitas que te salven, tonta.»

No quiero hacerlo. No quiero tener nada que ver en esta mierda del Cuadrante de Jinetes. No es que tenga impulsos suicidas. Habría sido mejor suspender el examen de admisión a Basgiath e irme de cabeza al ejército con la mayoría de los reclutas. Pero sí puedo con mi mochila y sí podré conmigo misma.

—Ay, Violet. —Sus ojos marrones llenos de preocupación me miran mientras sus manos fuertes me cogen por los hombros.

—Hola, Mira. —Una sonrisita asoma a las comisuras de mi boca; debe de haber venido a despedirse, pero me alegra ver a mi hermana por primera vez en años.

Sus ojos se suavizan y sus dedos se doblan sobre mis hombros como si quisiera envolverme en un abrazo, pero solo da un paso atrás y se vuelve para ponerse a mi lado, quedando frente a nuestra madre.

—No puedes hacer esto.

—Ya está hecho. —Mi madre se encoge de hombros y las líneas de su entallado uniforme negro suben y bajan con el movimiento.

Suelto una risita burlona. Adiós a la esperanza de un indulto. Aunque no había razón para que esperara o siquiera soñara con un poco de misericordia por parte de una mujer que es famosa por no tenerla.

—Pues deshazlo —exige Mira furiosa—. Ha pasado toda su vida entrenando para ser escriba. No se ha criado para ser jinete.

—Sin duda no es como tú, ¿verdad, teniente Sorrengail? —Mi madre posa las manos sobre la superficie inmaculada de su escritorio y se inclina un poco hacia delante mientras se levanta; nos mira desde arriba con esos ojos entrecerrados y ob-

servadores que se parecen tanto a los de los dragones tallados en las enormes patas de los muebles. No necesito el poder prohibido de leer mentes para saber qué es exactamente lo que ve.

A sus veintiséis años Mira es una versión joven de nuestra madre. Es alta, con músculos fuertes y poderosos, tonificados por los años de entrenamiento con armas y cientos de horas sobre el lomo de su dragón. Su piel parece brillar de lo saludable que está, y el cabello, rubio oscuro, lo lleva corto y listo para el combate, igual que el de mamá. Pero más allá de la apariencia tiene la misma arrogancia, la misma convicción de que su lugar está en el cielo. Es una jinete hecha y derecha.

Es todo lo que yo no soy, y la forma con la que mamá niega decepcionada con la cabeza indica que ella también lo cree. Yo soy demasiado bajita. Demasiado frágil. Las curvas que tengo deberían ser músculos y mi cuerpo traidor me hace vergonzosamente vulnerable.

Mamá se acerca a nosotras y sus botas negras bien lustradas brillan bajo las luces mágicas que bailan en los candeleros. Toma la punta de mi larga trenza y suelta una risa burlona al ver la parte que comienza sobre mis hombros, donde los mechones castaños van perdiendo la calidez del color y poco a poco se convierten en un plateado metálico que llega hasta las puntas.

—Piel clara, ojos claros, cabello claro —dice tras soltar mi trenza. Su mirada exprime hasta la última gota de seguridad que me quedaba en la médula—. Es como si esa fiebre te hubiera robado el color junto con la fuerza. —Por un instante hay pena en sus ojos y sus cejas se fruncen—. Le dije que no te tuviera en esa biblioteca.

No es la primera vez que la oigo maldecir la enfermedad que casi la mata mientras estaba embarazada de mí o la biblioteca que papá convirtió en mi segundo hogar cuando ella se instaló en Basgiath como instructora y él como escriba.

—Me encanta esa biblioteca —le respondo.

Ha pasado más de un año desde que el corazón de mi padre al fin falló; los Archivos siguen siendo el único lugar que siento como un hogar en esta enorme fortaleza, el único sitio donde aún percibo la presencia de mi padre.

—Hablas como la hija de un escriba —dice mamá en voz baja, y de pronto puedo ver a la mujer que era cuando papá estaba vivo. Más tierna. Más amable... al menos con su familia.

—Soy la hija de un escriba.

La espalda me está matando, así que me quito la mochila de los hombros, la dejo en el suelo y tomo la primera bocanada profunda de aire desde que he salido de mi habitación.

Mamá parpadea y la mujer amable desaparece, dejando solo a la general.

—Eres la hija de una jinete, tienes veinte años y hoy es el Día del Reclutamiento. Dejaré que termines la tutoría, pero como ya te dije la primavera pasada, Violet, no permitiré que una hija mía entre en el Cuadrante de Escribas.

—¿Porque los escribas son muy inferiores a los jinetes? —pregunto, aunque sé perfectamente que los jinetes están en lo más alto de la jerarquía social y militar. Ayuda mucho que sus dragones, a los que están unidos, achicharren a gente por diversión.

—¡Sí! —Su compostura de siempre vacila—. Y si hoy te atreves a cruzar el túnel hacia el Cuadrante de los Escribas, te cogere de esa ridícula trenza, te sacaré de allí y te arrastraré yo misma hasta el parapeto.

El estómago se me revuelve.

—¡Papá no querría esto! —exclama Mira, y el rubor le va subiendo por el cuello.

—Yo amaba a tu padre, pero ya está muerto —dice mamá, como quien se queja del clima—. Dudo que quiera algo a estas alturas.

Tomo aire, pero mantengo la boca cerrada. Discutir no me llevará a ningún lado. Mi madre nunca ha escuchado nada de lo que yo le diga, y hoy no será distinto.

—Enviar a Violet al Cuadrante de Jinetes es lo mismo que sentenciarla a muerte. —Supongo que Mira no dejará de discutir. Mira nunca deja de discutir con mamá, y lo frustrante de eso es que mi madre siempre la ha respetado por ello. ¡Que viva el doble rasero!—. ¡No es lo suficientemente fuerte, mamá! Ya se ha roto un brazo este año, cada dos semanas se hace algún esguince y no tiene la altura necesaria para montar en ningún dragón lo bastante grande para mantenerla viva en una batalla.

—¿En serio, Mira? —Qué. Diablos. Estás. Haciendo. Las uñas se me clavan en las palmas por la fuerza con la que cierro los puños. Saber que mis posibilidades de sobrevivir son mínimas es una cosa; que mi hermana me eche en cara mis deficiencias es otra—. ¿Me estás llamando débil?

—No —dice apretándome la mano—. Solo... frágil.

—Eso no lo mejora.

Los dragones no se vinculan con mujeres frágiles, las incineran.

—Sí, es pequeña. —Mamá me mira de arriba abajo, observando la amplitud de la túnica color beige con cinturón y los pantalones que he elegido esta mañana para mi posible ejecución.

Suelto un resoplido burlón.

—¿Acaso estamos haciendo una lista de mis defectos?

—Nunca he dicho que fuera un defecto. —Mi madre se da la vuelta hacia mi hermana—. Violet afronta más dolor antes del almuerzo del que tú lo haces en toda la semana, Mira. Si hay una de mis hijas capaz de sobrevivir al Cuadrante de Jinetes, es ella.

Mis cejas se enarcan. Eso ha sonado muchísimo como un cumplido, pero con mi madre nunca puedo estar segura.

—¿Cuántos candidatos a jinete mueren el Día del Reclutamiento, mamá? ¿Cuarenta? ¿Cincuenta? ¿Tantas ganas tienes de enterrar a otro hijo? —Mira está furiosa.

Hago una mueca de pesar cuando la temperatura en el cuarto baja de golpe, cortesía del clásico poder de mi madre para manipular tormentas, el cual canaliza a través de su dragón, Aimsir.

Siento un peso en el pecho al recordar a mi hermano. Nadie se ha atrevido a mencionar a Brennan o a su dragón en los cinco años que han pasado desde que murieron peleando en la Rebelión de Tyrrendor en el sur. Mi madre me tolera y a Mira la respeta, pero a Brennan lo quería mucho.

Y papá también. Sus dolores en el pecho comenzaron justo después de la muerte de Brennan.

La mandíbula de mamá se tensa y sus ojos amenazan con represalias mientras observa a Mira con rabia.

Mi hermana traga saliva, pero se mantiene firme en la competencia de miradas.

—Mamá —digo—, ella no quería decir...

—Sal de aquí, teniente. —Las palabras de mi madre son unas suaves volutas de vapor en la gélida oficina—. Antes de que reporte tu ausencia sin permiso a tu unidad.

Mira se yergue, asiente una vez, se da la vuelta con precisión militar y sale por la puerta sin decir nada más, cogiendo una pequeña mochila en su camino.

Es la primera vez que mamá y yo estamos a solas en meses.

Sus ojos se encuentran con los míos y la temperatura se eleva mientras inhala profundamente.

—Quedaste entre los primeros lugares en velocidad y agilidad durante el examen de ingreso. Te irá bien. A todas las Sorengail les va bien. —Me pasa los dorsos de sus dedos por la mejilla, apenas me acaricia la piel—. Te pareces tanto a tu pa-

dre... —susurra antes de aclararse la garganta y retroceder algunos pasos.

Supongo que no hay premios al mérito por disponibilidad emocional.

—Tendré que tratarte como si no fuéramos familia durante los próximos tres años —dice mientras se sienta en el borde de su escritorio—, pues, al ser comandante general de Basgiath, seré tu oficial de más alto rango.

—Lo sé. —Es la menor de mis preocupaciones, teniendo en cuenta que casi nunca me trata como familia.

—Y tampoco recibirás ningún trato especial solo por ser mi hija. Si acaso, serán más duros contigo para que demuestres tu valía. —Enarca una ceja.

—Me queda claro. —Suerte que he estado entrenando con el comandante Gillstead durante los últimos meses, desde que mi madre lanzó su decreto.

Ella suspira y finge una sonrisa.

—Entonces te veré en el valle de la Trilla, candidata. Aunque para el atardecer ya serás cadete, supongo.

«O cadáver.»

Ninguna de las dos lo dice.

—Buena suerte, candidata Sorrengail. —Dicho esto, se acomoda detrás de su escritorio, lista para que yo me vaya.

—Gracias, general. —Me coloco la mochila en los hombros y salgo de su oficina.

Un guardia cierra la puerta detrás de mí.

—Está loca de remate —dice Mira desde el centro del pasillo, justo entre dos guardias que están en sus puestos.

—Se van a chivar de lo que acabas de decir.

—Como si no lo supiera —suelta entre dientes—. Vámonos. Solo nos queda una hora antes de que tengan que comparecer todos los candidatos, y en mi vuelo de llegada he visto a miles de

personas esperando tras las puertas. —Comienza a caminar y me lleva por la escalera de piedra y los pasillos hacia mi cuarto.

Bueno..., lo que solía ser mi cuarto.

En los treinta minutos que han pasado desde que me he ido, todas mis cosas han acabado en cajas de madera que ahora están apiladas en una esquina. El corazón se me encoge. Mi madre ha metido mi vida entera en cajas.

—Joder, sí que es eficiente, eso no te lo voy a negar —masculla Mira antes de volverse hacia mí y recorrerme de una mirada con gesto analítico—. Tenía la esperanza de hacerla cambiar de opinión. No estás hecha para el Cuadrante de Jinetes.

—Ya lo has comentado. —Enarco una ceja mirándola—. Varias veces.

—Perdón. —Hace un gesto pensativo, se sienta en el suelo y comienza a vaciar su mochila.

—¿Qué haces?

—Lo que Brennan hizo por mí —dice en voz baja, y siento que la pena se me atasca en la garganta—. ¿Sabes usar espadas?

Niego con la cabeza.

—Son demasiado pesadas. Pero soy muy rápida con las dagas. —Muy rápida. Como un puto rayo. Lo que me falta de fuerza lo compenso con velocidad.

—Eso pensaba. Bien. Ahora suelta la mochila y quítate esas botas horribles. —Busca entre sus cosas y me entrega unas botas nuevas y un uniforme negro—. Ponte esto.

—¿Qué tiene de malo mi mochila? —le pregunto, pero de todos modos la suelto. Ella la abre de inmediato y saca de cualquier forma todo lo que he metido yo con tanto cuidado—. ¡Mira! ¡He tardado toda la noche en hacerla!

—Llevas demasiadas cosas y tus botas son una trampa mortal. Resbalarás por el parapeto con esas suelas tan lisas. Te he mandado hacer unas de jinete con suela de goma por si acaso, y

este, mi querida Violet, es el peor de los casos. —Los libros comienzan a volar y caen cerca de la caja.

—Oye, solo puedo llevarme lo que sea capaz de cargar, ¡y esos los quiero! —Me abalanzo sobre el siguiente libro antes de que mi hermana pueda lanzarlo, y salvo por poco mi colección favorita de fábulas oscuras.

—¿Estás dispuesta a morir por esto? —me pregunta, y hay severidad en sus ojos.

—¡Puedo cargarlo!

Todo esto está mal. Se suponía que iba a dedicarles mi vida entera a los libros, no a tirarlos en un rincón para aligerar mi carga.

—No. No puedes. A duras penas pesas el triple que tu mochila, el parapeto mide más o menos veinte centímetros de ancho, está a más de sesenta metros del suelo y, la última vez que me he asomado, las nubes que se acercaban eran de lluvia. No te darán tregua con la lluvia solo porque el puente pueda ponerse un poco resbaladizo, hermanita. Te caerás y morirás. ¿Vas a escucharme ahora? ¿O te unirás a los demás candidatos muertos durante el pase de lista de mañana? —Ya no hay ni rastro de mi hermana mayor en la jinete que está frente a mí. Esta mujer es calculadora, artera y un tanto cruel. Esta es la mujer que sobrevivió a los tres años con una sola cicatriz, la cual le hizo su propio dragón durante la Trilla—. Porque eso es lo único que serás. Una tumba más. Otro nombre grabado con fuego en piedra. Deshazte de los libros.

—Este me lo dio papá —murmuro, con el libro pegado a mi pecho. Quizá sea infantil, solo es una colección de cuentos que nos advierten sobre el atractivo de la magia e incluso satanizan a los dragones, pero es lo único que me queda.

Ella suspira.

—¿Es ese viejo libro de folklore sobre alimañas de la oscuridad y su guiverno? ¿No lo has leído mil veces?

—Seguro que más —reconozco—. Y son venin, no alimañas.

—Papá y sus alegorías —dice—. Tú no intentes canalizar un poder sin estar unida a un dragón. Así no habrá monstruos de ojos rojos bajo tu cama al acecho para secuestrarte en sus dragones de dos patas ni te harán unirte a su ejército oscuro. —Saca el último libro que había metido en mi mochila y me lo entregá—. Deshazte de los libros. Papá no puede salvarte. Lo intentó. Yo también lo intenté. Es decisión tuya, Violet. ¿Vas a morir como escriba o vas a vivir como jinete?

Bajo la vista hacia los libros en mis brazos y tomo una decisión.

—Eres una pesadilla. —Dejo las fábulas en una esquina, pero me quedo con el otro tomo entre las manos y me vuelvo para mirar a mi hermana.

—Soy la pesadilla que te mantendrá con vida. ¿Ese para qué es? —pregunta en tono retador.

—Para matar a gente. —Se lo entrego.

Una sonrisa le llena poco a poco la cara.

—Bien. Ese puedes quedártelo. Ahora ve a cambiarte mientras yo me encargo de este desastre. —La campana suena desde lo alto, nos quedan cuarenta y cinco minutos.

Me visto rápido, pero todo me parece como si fuera para otra persona, aunque obviamente está hecho a mi medida. Mi túnica es reemplazada por una camisa negra entallada que me cubre los hombros, y mis pantalones frescos se intercambian por unos de cuero que abrazan todas mis curvas. Luego mi hermana me pone un corsé tipo chaleco que va sobre la camisa y ata las cintas.

—Evita las rozaduras —me explica.

—Es como lo que se ponen los jinetes para la batalla. —Tengo que admitir que, pese a sentirme como una impostora, la ropa parece bastante ruda y buena. «Dioses, esto va en serio.»

—Exacto, porque a eso es a lo que vas. A la batalla.

La combinación de cuero y tela que no reconozco me cubre desde el pecho hasta debajo de la cintura, me envuelve el busto, cruza hacia arriba y me sube por los hombros. Toco las fundas que están discretamente cosidas en diagonal por las costillas.

—Son para tus dagas.

—Solo tengo cuatro. —Las tomo de la pila que hay en el suelo.

—Te ganarás más.

Acomodo mis dagas en las vainas; es como si las costillas se me estuvieran convirtiendo en armas. El diseño es ingenioso. Entre mis costillas y las vainas en mis muslos es fácil coger los cuchillos.

Apenas me reconozco en el espejo. Parezco una jinete. Aunque sigo sintiéndome una escriba.

Minutos después la mitad de lo que había metido en la mochila está apilado en las cajas. Mi hermana me ha reorganizado la bolsa, descartando cualquier cosa que haya considerado innecesaria y casi todo lo sentimental mientras vomitaba consejos sobre cómo sobrevivir en el cuadrante. Luego me sorprende haciendo la cosa más sentimental del mundo: decirme que me siente entre sus rodillas para que pueda trenzarme el cabello y formar una corona.

Es como si fuera una niña de nuevo en vez de toda una mujer, pero lo hago.

—¿Qué es esto? —Toco el material que llevo sobre el corazón, rascándolo con la uña.

—Algo que yo misma he diseñado —me explica, apretándose la trenza tan fuerte que me duele la cabeza—. He pedido que lo hicieran especialmente para ti con escamas de Teine, así que cuídalo.

—¿Escamas de dragón? —Giro la cabeza para verla—.
¿Cómo? Teine es enorme.

—Conozco a un jinete con el poder de hacer que las cosas grandes se vuelvan muy pequeñas. —Una sonrisa pícara se le dibuja en los labios—. Y las cosas pequeñas... muchísimo más grandes.

Hago un gesto de fastidio. Mira siempre ha sido mucho más abierta para hablar de hombres que yo..., de los dos que he tenido.

—Pero ¿cómo de grandes?

Se ríe y me da un tirón en la trenza.

—Echa la cabeza hacia delante. Deberías haberte cortado el pelo. —Tira de los mechones para que queden bien apretados y sigue trenzando—. Es un problema en los enfrentamientos y batallas, y un enorme blanco. Nadie más posee un cabello que se descolore hasta volverse plateado como el tuyo, y ya deben de tenerte en el punto de mira.

—Sabes bien que, al parecer, mi pigmento natural abandona mi cabello gradualmente sin importar el largo. —Mis ojos son igual de indefinidos, de un color claro y avellanado que mezcla distintos azules y ámbares, pero no parecen decidirse por ninguno de los dos—. Además, aparte de lo mucho que a todos les preocupa el tono, mi cabello es lo único perfectamente saludable que tengo. Cortarlo sería como castigar mi cuerpo por hacer al fin algo bien, y realmente tampoco tengo la necesidad de esconder quién soy.

—No la tienes. —Mira me tira de la trenza para que eche la cabeza hacia atrás, y nuestros ojos se encuentran—. Eres la mujer más inteligente que conozco. Que no se te olvide. Tu cerebro es tu mejor arma. Véncelos con tu inteligencia, Violet. ¿Me has entendido?

Asiento y ella deja de tirarme del cabello con tanta fuerza,

termina la trenza y me hace ponerme de pie mientras sigue resumiendo sus años de conocimientos en quince apresurados minutos, casi sin respirar.

—Mantente atenta. Está bien que seas sigilosa, pero asegúrate de fijarte en todo y todos los que te rodean para usarlo a tu favor. ¿Te has leído el Código?

—Un par de veces.

El libro de reglas del Cuadrante de Jinetes tiene solo una parte de la extensión que los de las demás divisiones. Probablemente porque a los jinetes les cuesta trabajo seguir las reglas.

—Bien. Entonces ya sabes que los otros jinetes pueden matarte en cualquier momento y que los cadetes despiadados seguro que lo intentarán. Cuantos menos cadetes, más posibilidades tendrás en la Trilla. Nunca hay suficientes dragones dispuestos a formar un vínculo y, de cualquier modo, quien sea tan insensato como para que lo maten no se merecía un dragón.

—Salvo cuando esté durmiendo. Atacar a un cadete mientras duerme es una infracción que merece un castigo. Artículo tres...

—Sí, pero eso no significa que vayas a estar a salvo de noche. Duerme con esto si puedes. —Me da unos golpecitos a la altura del estómago sobre el corsé.

—Se supone que los jinetes deben ganarse el vestir de negro. ¿Estás segura de que no debería usar mi túnica hoy? —Paso las manos sobre el cuero.

—El viento en el parapeto se aprovechará de cualquier tela suelta como si fuera una vela. —Me entrega mi mochila, que ahora es mucho más ligera—. Cuanto más entallada sea tu ropa, mejor te irá ahí arriba y en el ring cuando comiences a entrenar para las peleas. Usa siempre la armadura. Lleva siempre las dagas contigo. —Señala las fundas en sus muslos.

—Alguien dirá que no me las he ganado.

—Eres una Sorrengail —dice, como si eso fuera respuesta suficiente—. Que se metan sus opiniones por donde les quepan.

—Y ¿no crees que las escamas de dragón son una trampa?

—No existen las trampas cuando subes a la torre. Allí solo sobrevives o mueres. —La campana suena; quedan treinta minutos. Mira traga saliva—. Ya casi es la hora. ¿Lista?

—No.

—Yo tampoco estaba lista. —Una sonrisa juguetona eleva una comisura de su boca—. Y me había pasado toda la vida entrenando para eso.

—No voy a morir hoy. —Me acomodo la mochila sobre los hombros y respiro con un poco más de facilidad que esta mañana. Es muchísimo más soportable.

Los pasillos de la parte central y administrativa de la fortaleza están escalofriantemente silenciosos mientras bajamos por varias escaleras, pero el ruido de fuera se va volviendo más fuerte cuanto más descendemos. Por las ventanas puedo ver a miles de candidatos abrazando a sus seres queridos y despidiéndose en los campos verdes frente a la puerta principal. Por lo que he visto año tras año, la mayoría de las familias se aferra a sus candidatos hasta que suena la última campana. Los cuatro caminos que llevan a la fortaleza están colapsados de caballos y carretas, especialmente donde convergen frente al colegio, pero son los vacíos en los límites de los campos los que me provocan náuseas.

Son para los cuerpos.

Justo antes de que doblemos la última esquina que nos llevará al patio, Mira se detiene.

—¿Por qué te...? Aaay. —Mi hermana me empuja hacia su pecho y me abraza con fuerza en la relativa privacidad del pasillo.

—Te quiero, Violet. Recuerda todo lo que te he dicho. No te

conviertas en otro nombre en la lista de los muertos. —La voz le tiembla y yo la envuelvo con los brazos, apretándola con ganas.

—Estaré bien —prometo.

Ella asiente y su barbilla choca con la parte de arriba de mi cabeza.

—Lo sé. Vamos.

Eso es lo único que dice antes de agarrarme para ir hacia el patio lleno de gente, justo detrás de la puerta principal de la fortaleza. Instructores, comandantes e incluso nuestra madre están reunidos de manera informal, esperando que la locura del exterior de los muros se transforme en orden en el interior. De todas las puertas en el colegio de guerra, la entrada principal es la única por la que no entrará ningún cadete este día, pues cada cuadrante tiene su propia entrada e instalaciones. Es más, los jinetes tienen su propia ciudadela. Malditos pretenciosos y egocéntricos.

Sigo a Mira, caminando rápidamente para alcanzarla.

—Busca a Dain Aetos —me dice mientras cruzamos el patio en dirección a la puerta abierta.

—¿A Dain? —No puedo evitar una sonrisa al pensar en volver a ver a Dain, y el pulso se me acelera. Ya ha pasado un año y cómo he extrañado sus ojos color castaño claro y la forma en que se ríe, haciendo que su cuerpo entero se le una. Extraño nuestra amistad y los momentos en que creí que podría convertirse en algo más si se hubieran dado las circunstancias. Extraño cómo me veía, como si yo fuera alguien a quien vale la pena prestarle atención. Lo echo de menos.

—Apenas llevo tres años fuera del cuadrante, pero, por lo que he oído, le va bien y podrá mantenerte a salvo. No sonrías así —me regaña Mira—. Estará en segundo año. —Agita el dedo frente a mí—. No te lías con los de segundo. Si quieres acostarte

con alguien, y vaya que deberías —enarca una ceja—, considerando que no se sabe qué pasará durante el día, hazlo con gente de tu año. No hay nada peor que si los cadetes esparcen el rumor de que has conseguido estar a salvo a base de revolcones.

—O sea que puedo llevarme a la cama a quien quiera de primer año —digo, con una sonrisita—, pero a nadie de segundo o tercero.

—Exacto. —Guiña el ojo.

Salimos de la fortaleza cruzando las puertas y nos unimos al caos organizado que hay al otro lado.

Cada una de las seis provincias de Navarre ha enviado a sus candidatos de este año para el servicio militar. Algunos vienen como voluntarios; para otros es un castigo. La mayoría son soldados que están haciendo el servicio militar obligatorio. Lo único que tenemos en común aquí en Basgiath es que hemos aprobado el examen de admisión, tanto el escrito como el de agilidad, que aún no puedo creer que yo lo haya hecho, lo que significa que al menos no terminaremos como carne de cañón para la infantería de primera línea.

La atmósfera está tensa por el nerviosismo mientras Mira me lleva por el desgastado camino de adoquín hacia el torreón del sur. La parte principal del colegio está construida en la ladera de la montaña Basgiath como si fuera un afloramiento de ella. La enorme y maravillosa estructura se cierne sobre la multitud de candidatos inquietos y sus familias acongojadas con sus almenas de varios pisos, construidas para proteger la alta fortaleza del centro, y sus torreones de defensa en cada esquina, en una de las cuales se encuentran las campanas.

La mayoría de la gente avanza para ponerse en fila en la base del torreón norte, que es la entrada al Cuadrante de Infantería. Una parte de la multitud se va hacia la puerta que hay detrás de nosotras, el Cuadrante de Curanderos, que ocupa toda el ala sur

del colegio. La envidia me comprime el pecho cuando veo a unos cuantos dirigiéndose hacia el túnel central en dirección a los Archivos, debajo de la fortaleza, para entrar en el Cuadrante de Escribas.

La entrada al Cuadrante de Jinete no es más que una puerta reforzada en la base de la torre, al igual que la entrada de infantería al norte. Pero los candidatos de infantería pueden llegar caminando a su cuadrante, que está a ras de suelo, mientras que nosotros, los candidatos a jinetes, tenemos que escalar.

Mira y yo nos ponemos en la fila de los jinetes esperando para registrarnos y aquí cometo el error de levantar la vista.

Ahí arriba, cruzando el valle sobre el río que divide la parte principal del colegio de la altísima e imponente ciudadela del Cuadrante de Jinete, en la cresta de una montaña al sur, se sitúa el parapeto, el puente de piedra que separará a los candidatos a jinete de los cadetes durante las próximas horas.

No me creo que esté a punto de cruzarlo.

—Y pensar que llevo todos estos años preparándome para el examen escrito de los escribas. —Mi voz está llena de sarcasmo—. Debería haberlos pasado jugando en una barra de equilibrio.

Mira me ignora mientras la fila avanza y los candidatos van desapareciendo por la puerta.

—No dejes que el viento quite firmeza a tus pasos.

Dos candidatos por delante de nosotras, una mujer llora a la vez que su pareja la arranca de un muchacho; ambas personas se separan de la fila y se alejan entre lágrimas por la ladera hacia la multitud de seres queridos que ya flanquean los caminos. No hay más padres delante de nosotros, solo varias docenas de candidatos que avanzan hacia los que tienen las listas.

—Mantén los ojos fijos en las piedras frente a ti y no mires

hacia abajo —me dice Mira, y su expresión se tensa—. Los brazos, abiertos para el equilibrio. Si la mochila se te resbala, tírala. Es mejor que se caiga la mochila y no tú.

Miro detrás de nosotras, adonde parece que han llegado cientos de personas en unos cuantos minutos.

—Quizá debería dejarlos pasar primero —susurro mientras el pánico me envuelve el corazón y lo va apretando. ¿Qué se supone que estoy haciendo?

—No —responde Mira—. Cuanto más esperes en estos escalones —señala hacia la torre—, más oportunidades le das a tu miedo para crecer. Cruza el parapeto antes de que el terror se apodere de ti.

La fila avanza y la campana suena de nuevo. Son las ocho en punto.

Como era de esperar, la multitud de cientos de personas detrás de nosotras ya ha terminado de repartirse en sus respectivos cuadrantes y todos hacen cola para registrarse y comenzar su servicio.

—Céntrate —ordena Mira, y de inmediato giro la cabeza—. Esto puede parecer duro, pero no busques amistades ahí, Violet. Crea alianzas.

Ya solo quedan dos personas por delante de nosotras, una mujer con una mochila llena, cuyos altos pómulos y rostro oval me recuerdan los dibujos de Amari, la reina de los dioses. Su cabello castaño oscuro está tejido en varias líneas de trencitas que apenas tocan la igualmente oscura piel de su cuello. El segundo es un hombre rubio y musculoso con una mujer llorando sobre él. Este va con una mochila aún mayor.

Miro más allá de ese par, hacia la mesa del reclutamiento, y los ojos se me abren como platos.

—¿Es...? —susurro.

Mira echa un vistazo y suelta una maldición entre dientes.

—¿Un chico separatista? Sí. ¿Ves esa marca brillante que comienza en su muñeca? Es una reliquia de la Rebelión.

Enarco una ceja sorprendida. La única reliquia de la que había oído hablar es cuando un dragón usa magia para marcar la piel del jinete con el que se ha unido. Pero esas reliquias son símbolo de honor y poder y, por norma general, tienen la forma del dragón que las ha otorgado. Estas marcas son ondas y cortes que parecen más una advertencia que una marca de propiedad.

—¿Un dragón le ha hecho eso? —musito.

Ella asiente.

—Mamá dijo que el dragón del general Melgren se los hizo a todos cuando mató a sus padres, pero no la vi muy dispuesta a seguir hablando del tema. No hay nada mejor que castigar a los chicos para que otros padres olviden sus intenciones de cometer traición.

Parece... cruel, pero la primera regla de la vida en Basgiath es que nunca hay que cuestionar a un dragón. Tienden a incinerar a cualquiera que les parezca irrespetuoso.

—La mayoría de los chicos que tienen reliquias de la Rebelión son de Tyrrendor, claro, pero hay unos cuantos cuyos padres se volvieron traidores de otras provincias... —La sangre le abandona el rostro, me agarra por las correas de la mochila y me da la vuelta para que la mire de frente—. Me acabo de acordar. —Su voz se vuelve un susurro y he de acercarme para oírla; tengo el corazón acelerado ante la urgencia en su tono—. Nunca te acerques a Xaden Riorson.

El aire se me escapa de los pulmones. Ese nombre...

—Sí. Ese Xaden Riorson —confirma, con miedo velándole la mirada—. Es de tercero, y ten por seguro que te matará en cuanto descubra quién eres.

—Su padre fue el Gran Traidor. El líder de la Rebelión —digo en voz baja—. ¿Qué hace aquí Xaden?

—Reclutaron a todos los hijos de los líderes como castigo por los crímenes de sus padres —murmura Mira mientras caminamos de lado, avanzando en la cola—. Mamá me contó que no esperaban que Riorson pasara del parapeto. Luego supusieron que un cadete lo mataría, pero cuando su dragón lo eligió... —Niega con la cabeza—. Bueno, ya no quedaba mucho que pudiera hacerse. Ha alcanzado el rango de jefe de ala.

—Qué estupidez —digo furiosa.

—Juró su lealtad a Navarre, pero no creo que eso lo vaya a detener en lo que a ti respecta. Cuando cruces el parapeto, porque te aseguro que lo vas a cruzar, busca a Dain. Él te pondrá en su pelotón y esperemos que esté lejos de Riorson. —Coge las correas de mi mochila con más fuerza—. Ni. Te. Acerques. A. Él.

—Entendido. —Asiento.

—Siguiente —dice una voz desde detrás de la mesa de madera que tiene las listas del Cuadrante de Jinetes. El jinete marcado desconocido está sentado junto a un escriba que sí conozco, y las cejas plateadas del capitán Fitzgibbons se enarcان sobre su rostro envejecido—. ¿Violet Sorrengail?

Afirmo con la cabeza, tomo la pluma y pongo mi nombre junto a la siguiente línea vacía en la lista.

—Creía que irías al Cuadrante de Escribas —comenta el capitán Fitzgibbons en voz baja.

Envidio su túnica color beige, y no encuentro palabras para responderle.

—La general Sorrengail ha decidido otra cosa —explica Mira.

Los ojos del anciano se llenan de tristeza.

—Qué pena. Tenías mucho potencial.

—¡Dioses! —exclama el jinete que está junto al capitán Fitzgibbons—. ¿Eres Mira Sorrengail? —Se queda boquiabierto, y puedo oler cómo idolatra a la heroína desde aquí.

—Sí, soy yo —responde ella asintiendo—. Esta es mi hermana, Violet. Entrará en primer año.

—Si sobrevive al parapeto —comenta con aire burlón alguien detrás de mí—. Puede que el viento la derribe.

—Peleaste en Strythmore —continúa diciendo el jinete que está detrás de la mesa, maravillado—. Te dieron la Orden de la Garra porque lograste acabar con toda una tropa detrás de las líneas enemigas.

Las risitas se apagan.

—Como iba diciendo... —Mira me pone una mano en la zona lumbar—. Esta es mi hermana, Violet.

—Ya conoces el camino. —El capitán asiente y señala hacia la puerta abierta del torreón.

El interior es ominosamente oscuro y tengo que controlar el impulso de salir corriendo como una loca.

—Conozco el camino —le asegura Mira, alejándose de la mesa para que el imbécil de las risitas que va detrás de mí pueda apuntarse en la lista.

Nos detenemos en la puerta y nos quedamos frente a frente.

—No te mueras, Violet. No me apetece ser hija única. —Sonríe y se va, pavoneándose junto a la cola de candidatos que la miran boquiabiertos mientras se corre la voz de quién es ella y lo que ha hecho.

—Te han dejado el listón muy alto —dice la mujer que va delante de mí, ya dentro de la torre.

—Así es —reconozco, aferrándome a las correas de mi mochila para adentrarme en la oscuridad. Mis ojos se ajustan deprisa a la tenue luz que se cuela por las ventanas equidistantes que recorren la escalera curvada.

—¿Sorrellgail como...? —pregunta la mujer, mirándome por encima del hombro, cuando comenzamos a subir los cientos de escalones que nos llevarán a nuestras posibles muertes.

—Sí. —No hay pasamanos, así que mantengo una mano contra la pared de piedra mientras seguimos subiendo más y más.

—¿La general? —quiere saber el rubio que va delante de nosotras.

—La misma —respondo, ofreciéndole una breve sonrisa. Alguien cuya madre lo haya abrazado con tantas fuerzas no puede ser tan malo, ¿verdad?

—Guau. Y qué prendas de piel tan buenas llevas. —Me devuelve la sonrisa.

—Gracias. Son cortesía de mi hermana.

—Me pregunto cuántos candidatos se habrán caído por el borde de los escalones y han muerto antes de llegar al parapeto —dice la mujer, echando un vistazo hacia el centro de la escalera mientras seguimos subiendo.

—Dos el año pasado. —Inclino la cabeza hacia un lado cuando se vuelve hacia mí—. Bueno, tres si cuentas a la chica sobre la que cayó uno de los tipos.

Los ojos marrones de la mujer se encienden, pero se da la vuelta y sigue subiendo.

—¿Cuántos escalones hay? —pregunta.

—Doscientos cincuenta —le contesto, y continuamos subiendo en silencio los siguientes cinco minutos.

—No está tan mal —dice con una enorme sonrisa cuando nos acercamos al final de la escalera y la fila se detiene—. Soy Rhiannon Matthias, por cierto.

—Dylan —se presenta el chico rubio agitando la mano con entusiasmo.

—Violet. —Les ofrezco una sonrisa tensa, ignorando desradoramente la sugerencia que me ha hecho Mira hace apenas un rato de evitar las amistades y solo crear alianzas.

—Siento como si llevara toda la vida esperando este mo-

mento. —Dylan se acomoda la mochila sobre la espalda—. ¿Os podéis creer que al fin lo vamos a hacer? Es un sueño hecho realidad.

Claro. Como es de esperar todos los candidatos menos yo están emocionados de haber llegado hasta aquí. Este es el único cuadrante de Basgiath que no acepta a los soldados que están haciendo el servicio militar obligatorio, solo a voluntarios.

—Me muero de ganas, joder. —La sonrisa de Rhiannon crece más—. O sea, ¿quién no quiere montar en un dragón?

«Yo.» Y no es que no parezca divertido en la teoría. Claro que sí. Son solo las horrorosas probabilidades de sobrevivir a la graduación las que me hacen querer vomitar.

—¿Vuestros padres están de acuerdo? —pregunta Dylan—. Porque mi madre lleva meses rogándome que cambie de opinión. Le he insistido en que tendré más oportunidades de crecimiento como jinete, pero ella quería que entrara en el Cuadrante de Curanderos.

—Los míos siempre han sabido que esto era lo que yo quería, así que me han apoyado bastante. Además, tienen a mi gemela para canalizar en ella todos sus mimos. Raegan ya está viviendo su sueño, casada y esperando un bebé. —Rhiannon me mira—. ¿Y tú? Déjame adivinar. Con un apellido como Sorrengail, apuesto a que has sido la primera en ofrecerte como voluntaria este año.

—Más bien me han ofrecido. —Mi respuesta es mucho menos entusiasta que la suya.

—Entiendo.

—Y los jinetes tienen muchos más beneficios que otros oficiales —le digo a Dylan mientras la cola comienza a avanzar de nuevo. El candidato burlón que iba detrás de mí nos alcanza, sudoroso y colorado. «Mira a quién se le han terminado las risitas»—. Mejor paga, más indulgencias con la política de uniformes —continúo—.

A nadie le importa una mierda qué usen los jinetes mientras sea negro. Las únicas reglas que se aplican a los jinetes son las que memorizamos del Código.

—Y el derecho a presentarte como un verdadero matón —agrega Rhiannon.

—Eso también —reconozco—. Estoy bastante segura de que te entregan un ego junto con la ropa de vuelo.

—Además, se dice que a los jinetes se les permite casarse antes que a los del resto de los cuadrantes —comenta Dylan.

—Es cierto. Justo después de la graduación. —Si sobrevivimos—. Creo que tiene algo que ver con que quieren continuar con las estirpes. —Los jinetes más exitosos tienen un linaje.

—O porque solemos morirnos antes que los de los otros cuadrantes —reflexiona Rhiannon.

—Yo no voy a morir —dice Dylan con mucha más confianza de la que yo siento mientras se saca una cadena de debajo de la túnica para mostrarnos el anillo que lleva como dije—. Según ella, habría sido de mala suerte proponerle matrimonio antes de que me fuera, así que esperaremos hasta después de la graduación. —Besa el anillo y lo vuelve a guardar bajo el cuello de su ropa—. Los próximos tres años serán largos, pero valdrán la pena.

Contengo un suspiro, aunque puede que eso haya sido lo más romántico que he oído en la vida.

—Quizá tú sí logres cruzar el parapeto —comenta el tipo detrás de nosotros, burlándose de nuevo—, pero ella está a una brisa de terminar en el fondo del barranco.

Hago un gesto de fastidio.

—Cállate y céntrate en lo tuyo —le ordena Rhiannon mientras oigo el golpeteo de sus pies sobre los escalones de piedra conforme seguimos subiendo.

El final de la escalera aparece ante nuestros ojos y, con él, la

puerta llena de luz turbia. Mira tenía razón. Las nubes crearán un caos, y tenemos que llegar al otro lado del parapeto antes que ellas.

Otro paso, otro golpe de los pies de Rhiannon.

—Déjame ver tus botas —digo en voz baja para que el imbécil que va detrás de mí no me oiga.

Su ceño se frunce y la confusión le llena los ojos oscuros, pero me muestra sus suelas. Son suaves, igual que las que yo llevaba antes. Las tripas se me retuercen.

La fila vuelve a avanzar, y se detiene hasta que estamos a un par de metros de la entrada.

—¿Qué número calzas? —le pregunto.

—¿Qué? —me responde confundida.

—Tus pies. ¿De qué número son?

—Del cinco —me contesta, y se forman dos líneas entre sus cejas.

—Yo del cuatro —digo de inmediato—. Te dolerá un montón, pero quiero que te pongas mi bota izquierda. Cámbiamela por la tuya. —Tengo una daga en la derecha.

—¿Disculpa? —Me mira como si me hubiera vuelto loca, y quizá sea así.

—Estas son botas de jinete. Se adhieren mejor a la piedra. Irás con los dedos aplastados y sufrirás, pero al menos tendrás la oportunidad de no caerte cuando empiece a llover.

Rhiannon echa un vistazo hacia la puerta abierta, luego al cielo que se va oscureciendo y de nuevo a mí.

—¿Estás dispuesta a intercambiarme una bota?

—Solo hasta que lleguemos al otro lado. —Me asomo por la puerta abierta. Tres candidatos ya van caminando por el parapeto con los brazos bien abiertos—. Pero tenemos que hacerlo rápido. Ya casi es nuestro turno.

Rhiannon aprieta los labios, pensando qué hacer por un mo-

mento, y luego acepta e intercambiamos nuestras botas izquierdas. Apenas logro terminar de atarme la mía antes de que la fila comience a avanzar de nuevo, y el tipo que viene detrás me golpea en la parte baja de la espalda, haciendo que dé unos pasos tambaleantes hacia la plataforma y al vacío.

—Avanza. Algunos tenemos cosas que hacer al otro lado.
—Su voz me tensa hasta el último nervio del cuerpo.

—No vale la pena dedicar mi atención a algo como tú ahora mismo —mascullo, recuperando el equilibrio mientras el viento me azota la piel con toda la humedad de esa mañana de verano. «Qué bien que me hayas trenzado el cabello, Mira».

La parte alta del torreón está despejada, las almenas de piedra suben y bajan a lo largo de la estructura circular a la altura de mi pecho y no hacen nada por obstaculizar la vista. De pronto el barranco y el río de ahí abajo parecen muy muy lejanos. ¿Cuántos carros deben de tener esperando ahí abajo? ¿Cinco? ¿Seis? Conozco las estadísticas. El parapeto acaba más o menos con un quince por ciento de los candidatos a jinetes. Cada prueba en el cuadrante, incluida esta, está diseñada para evaluar la habilidad de un cadete para montar. Si alguien no puede caminar por el ventoso tramo del delgado puente de piedra, es más que seguro que no podrá mantener el equilibrio y luchar sobre el lomo de un dragón.

Y ¿la tasa de mortalidad? Supongo que casi todos los jinetes piensan que la gloria hace que valga la pena el riesgo, o tienen la arrogancia de creer que no se caerán.

Yo no estoy en ninguno de esos dos campos.

Las náuseas me obligan a apretarme el estómago; tomo aire por la nariz y lo saco por la boca mientras avanzo hacia el borde detrás de Rhiannon y Dylan, acariciando con los dedos la piedra al tiempo que nos acercamos al parapeto.

Tres jinetes esperan en la entrada, que no es más que un

enorme agujero en la pared del torreón. Uno, que se ha arrancado las mangas, registra los nombres de los candidatos que van saliendo hacia la peligrosa prueba. Otro, que lleva rapado todo el pelo salvo por una franja sobre la cabeza, en el centro, le da instrucciones a Dylan mientras ocupa su lugar, dándose unas palmaditas en el pecho como si el anillo que lleva ahí escondido le fuera a dar suerte. Espero que así sea.

El tercero se vuelve hacia mí y el corazón tan solo... se me detiene.

Es alto, con el cabello negro revuelto y cejas oscuras. Tiene la mandíbula fuerte y cubierta de una cálida piel bronceada y barba incipiente y también oscura, y cuando cruza los brazos sobre el torso, los músculos del pecho y los brazos se le mueven de una forma que me obliga a tragarme saliva. Y sus ojos... Sus ojos tienen el color del ónix con salpicaduras doradas. El contraste es sorprendente, incluso fascinante..., todo en él lo es. Sus rasgos son tan duros que parece que se los hubieran tallado, pero a la vez son increíblemente perfectos, como si un artista se hubiera pasado toda la vida esculpiéndolo, dedicándole, al menos, un año solo a la boca.

Es el hombre más exquisito que he visto en mi vida.

Y al vivir en el colegio de guerra he visto a muchísimos hombres.

Hasta la cicatriz diagonal que parte en dos su ceja izquierda y marca la esquina de arriba de su mejilla lo hace parecer más sexy. Insoportablemente sexy. Imposiblemente sexy. De los que te meten en problemas y logran que lo disfrutes. De pronto no puedo recordar con exactitud por qué Mira me ha dicho que no me liase con nadie que no fuera de mi año.

—¡Nos vemos en el otro lado! —dice Dylan por encima del hombro con una sonrisa emocionada antes de entrar en el parapeto con los brazos bien abiertos.